



INÉS PLANA
MORIR NO ES
LO QUE
MÁS DUELE

INÉS PLANA

MORIR NO ES LO QUE MÁS DUELE

ESPASA  NARRATIVA

© Inés Plana Giné, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Por la reproducción de fragmentos de poemas de Emily Dickinson. Páginas 195 y 252: © Emily Dickinson, *Crónica de plata (poemas escogidos)*, sel. y trad. de Manuel Villar Raso, Hiperión, Madrid, 2001. Página 420: © Marià Manent, *La poesía inglesa. Románticos y victorianos*, Lauro, Barcelona, 1945
Por la reproducción de fragmentos de la canción *A Lover's Concerto* (Sandy Linzer, Denny Randell): © bajo licencia de SCREEN GEMS-EMI MUSIC INC.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 27.580-2017
ISBN: 978-84-670-5149-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO I

Se le escapaba la vida. Notaba una mano áspera que se anclaba a su pescuezo para ahogarla sin compasión. El agua comenzaba a inundar sus pulmones. Se acabó, temió. Entonces un pensamiento fugaz atravesó su mente: ya había vivido aquella situación y saldría de ella tan sólo abriendo los ojos. Los abrió, pero seguía bajo el agua, inmovilizada por cinco dedos adheridos a su garganta. Ahí terminaron sus esperanzas. Se estaba muriendo. De hecho, ya estaba muerta.

¿Cuántas veces habría muerto ya? Aturdida, Sara aún tardó unos segundos en constatar que el suyo era un cuerpo vivo sobre una cama de sábanas agitadas. Estaba sangrando por la nariz. Aquella pesadilla, a la que jamás le encontró sentido, había regresado una noche más y volvería otro día, quizá la semana próxima, quizá dentro de un mes, pero regresaría, porque vivía con ella desde hacía tantos años que ni siquiera recordaba cuándo fue la primera vez que se instaló en su existencia.

Apretó un pañuelo contra su nariz, se cubrió con las sábanas y se acurrucó como un feto felizmente acomodado en un útero imaginario, sin gana alguna de nacer al mundo. Dos timbrazos largos y rotundos la rescataron de aquel limbo. Miró el reloj de la mesilla: las ocho y media de la mañana. Confusa, se acercó a la ventana de su dormitorio, en la planta alta de su chalé. Abajo, ante su puerta, vio a dos hombres que alzaban sus cabezas hacia ella. Uno, el más joven, llevaba el uniforme de la Guardia Civil; el otro, que iba de paisano, levantó la mano con un movimiento ostensiblemente rutinario y le mostró su placa:

—¿Sara Azcárraga?

—Sí, soy yo.

—Debemos hablar con usted.

¿Por qué estaba su nombre en boca de la Guardia Civil?, se preguntó mientras casi se le detenía el corazón. Estaba en camisón, un camisón arrugado y sudoroso. Nerviosa, correteó por la habitación en busca de unos tejanos y una camiseta. Los encontró tirados sobre una silla. ¿Qué podían querer aquellos hombres? Se vistió con torpeza, se echó agua por la cara y, al hacerlo, se vio reflejada en el espejo como una delincuente: ojeras, cabello despeinado, lamparón en la camiseta, tejanos sucios. ¿Le daba tiempo a ponerse encima algo más decente? No, no podía demorarse. Podrían pensar que iba a huir por la puerta trasera.

—Quizá está tardando demasiado, mi teniente.

—A mí no me lo parece, Coira —contestó lacónico Julián Tresser mientras observaba el pequeño y descuidado jardín de la casa, embrutecido por las malas hierbas, algunas ya secas tras el verano, otras ya coloreadas por el otoño.

La urbanización donde vivía Sara Azcárraga, en la localidad madrileña de Torrelodones, no se distinguía de otras tantas que habían colonizado los pueblos del noroeste de Madrid. Decenas de chalés adosados o pareados, configurados en forma de serpenteantes hileras, se agolpaban en nuevas avenidas o en las faldas de lomas y collados a las afueras de los centros urbanos. Por encima de sus tejados asomaban las copas de pinos, cipreses o encinas. Al fondo del paisaje, siempre las cumbres cercanas de la sierra de Guadarrama.

Sara abrió la puerta. Ante el teniente Tresser apareció una mujer joven, menuda y extremadamente delgada, frágil, de cabello corto y moreno, descuidado hasta tal punto que parecía haber sido cortado a mordiscos, con un rostro demacrado del que destacaban grandes ojos de color miel, afeados por oscuras ojeras. Le costó calcular su edad. Podría no haber cumplido los treinta, pero también haber sobrepasado ya los cuarenta.

—¿Qué ocurre? —preguntó con inquietud.

—¿Nos permite pasar? —le inquirió el teniente—. Es importante.

—¿Importante? No entiendo.

—Ahora se lo explicaremos.

Les franqueó la puerta y ambos agentes entraron en un salón pulcro e impersonal cuyos muebles, pensó el teniente, sólo quedarían perfectos en la consulta de un dentista. En un rincón, junto a una de las ventanas, una mesa con un ordenador. En el centro de la sala, un sofá y dos sillones; al fondo, una mesa de madera con cuatro sillas y una cajonera con un pequeño televisor encima. El contrapunto a la falta de calidez del mobiliario se hallaba en las estanterías, repletas de volúmenes apilados de cualquier forma, amontonados los unos sobre los otros por una mano descuidada, por una mente, quizá, para la cual los libros resultaban un estorbo una vez leídos. Se sentaron los tres en torno a la mesa y la conversación comenzó rápidamente.

—Soy el teniente Julián Tresser, de la Policía Judicial de la Primera Compañía de la Guardia Civil de San Lorenzo de El Escorial —recitó con monotonía, como si fuera la lista de las preposiciones en la edad escolar—. Me acompaña el cabo Guillermo Coira. ¿Puede decirme su nombre completo y su edad?

—Sara Azcárraga Viñas, cuarenta años.

—¿Le importaría mostrarnos algún documento que acredite su identidad?

¿Dónde narices podría estar su carné? Nunca lo llevaba encima y no recordaba ahora cuándo fue la última vez que lo usó.

—Tengo que buscarlo, pero no tardaré.

—¿Tiene a mano el de conducir? —le preguntó el teniente.

—Sí, creo que sí.

Sara se dirigió hacia una mesilla junto a la puerta de su casa. Allí encontró su bolso, sobre un desordenado pilón de correo sin abrir y publicidad buzzoneada. Tras hurgar en el interior con manos nerviosas, halló el carné y se sentó de nuevo a la mesa. El cabo Coira le indicó con un gesto que era él

quien debía recibir el documento. Ella se lo tendió y el agente lo estudió con la vaga atención de un burócrata.

—Está caducado desde hace un año.

—No lo sabía —contestó, esquivando su mirada como una niña avergonzada.

Durante aquella breve conversación, el teniente Tresser había extraído un pequeño bloc de su bolsillo y también un bolígrafo. Los colocó sobre la mesa y se dirigió a Sara.

—Hoy a las siete de la mañana ha sido hallado un hombre ahorcado cerca de aquí, en el cerro de Las Brumas, en Uvés. Le habían arrancado los ojos, siento ser tan explícito. Hemos encontrado en un bolsillo de su pantalón un papel en donde está escrito a mano su nombre, Sara Azcárraga, y su dirección. No hemos hallado documentación alguna en el cadáver y el caso es que, por ahora, como su nombre es lo único que tenemos relacionado con la víctima, debemos hacerle una primera pregunta: ¿puede decirnos dónde ha estado en las últimas doce horas?

—Aquí, en mi casa.

—¿Alguien lo puede confirmar?

—No, vivo sola.

—¿A qué se dedica, Sara? —preguntó con fría amabilidad el teniente.

—Soy correctora de estilo en una editorial. Trabajo desde casa. Recibo los textos y los envío corregidos a través de Internet.

—¿Tiene familia?

—Mi padre falleció en un accidente de tráfico cuando yo tenía pocos meses y mi madre vive en una residencia. Tiene alzhéimer desde hace tres años.

—¿Y su entorno? Quiero decir amigos, novio...

—No tengo amigos. Apenas salgo de casa y no suelo relacionarme con nadie.

—¿Y eso por qué? No parece muy normal.

—Siempre he sido así —afirmó con naturalidad, encogiéndole los hombros.

—Pero el caso es que la víctima llevaba un papel escrito con su nombre. ¿Qué explicación se le ocurre a usted?

En apenas cinco minutos, su nombre había pasado de la boca de la Guardia Civil al bolsillo de un ahorcado. En cinco minutos, un crimen unía su vida al mundo de los demás, el de los extraños. Una náusea ascendió desde el estómago hasta su garganta y temió vomitar allí mismo un escupitajo de bilis, porque no había consumido ningún alimento desde la tarde anterior.

—No me encuentro bien, disculpen un momento.

Se levantó de la silla y se dirigió a la cocina, donde calmó la angustia sirviéndose un poco de agua del grifo, con tal torpeza que el vaso cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Al oír el ruido del vidrio roto, Coira hizo ademán de levantarse, pero el teniente le detuvo el movimiento con gesto decidido. Iría él. Encontró a Sara con sus manos apoyadas sobre el fregadero y sus pies rodeados de cristales. Comenzaba a mostrar los primeros signos de un llanto histérico. El teniente cogió otro vaso, lo llenó de agua y se lo acercó.

—Beba un poco, despacio y a sorbos cortos.

Más que una invitación, a Sara le pareció una orden. Tomó el vaso entre sus manos y siguió las instrucciones: despacio, sorbos cortos.

—Tranquilícese, todo acaba teniendo una explicación. En cualquier caso, es necesario que acuda hoy mismo al Instituto Anatómico Forense de Madrid para que nos confirme si conocía o no a la víctima. Yo la esperaré allí.

Instituto Anatómico Forense, ese lugar horrible lleno de cadáveres mutilados, abiertos en canal como si fueran cerdos y cerrados con toscas suturas, un lugar donde las entrañas se extraen y se pesan en balanzas. Sara no soportaría el silencio de los muertos guardados en neveras, y mucho menos se veía capaz de enfrentar su mirada al rostro mudo de un cadáver con las cuencas de los ojos vacías.

—También vamos a tener que investigar su entorno. Necesitaré que me dé algunos teléfonos —le exigió el teniente.

Durante las dos horas que la Guardia Civil permaneció en su casa, Sara se vio obligada a proporcionar datos sobre los dos únicos personajes que actuaban en el escenario de su

vida: su madre y su editor. En qué residencia geriátrica está ingresada su madre, desde cuándo, cuál es su dirección, quién es su médico, dónde está la editorial para la que trabaja, hace cuánto tiempo que colabora, cómo se llama su editor. «¿Qué pensará mi jefe al presentarse la Guardia Civil en su oficina y preguntar sobre mí? ¿Perderé el trabajo?», temió tras despedir en la puerta a los dos agentes. Se encontraba tan aturdida que ni siquiera se duchó para viajar a Madrid. Se vistió con lo primero que encontró y abandonó la casa con destino a la morgue.

Sara no soportaba ir a la capital en su coche. Le asustaba perderse, equivocarse, chocar contra el de delante, recibir un golpe del de detrás o saltarse un semáforo inadvertidamente. De modo que siempre optaba por desplazarse en autobús, aunque le molestaba tener que compartir el espacio con los demás: unos olían mal, otros despedían fragancias intensas e inaguantables y algunos eran gordos y ocupaban parte de su asiento, obligándola a apretujarse contra la ventanilla. No soportaba el contacto físico, por mínimo que fuera, con otros seres humanos. Esta vez tuvo suerte y a aquellas horas, la una de la tarde, el autobús iba prácticamente vacío. No tenía ganas de leer durante el trayecto, a pesar de que el libro que llevaba en el bolso era un poemario de Emily Dickinson, su autora preferida, a la que más amaba, pero se sentía tan angustiada que le resultaba imposible concentrarse en su lectura. Relajó su mente ensimismándose en la monotonía que se exhibía tras el cristal: urbanizaciones de adosados, edificios de oficinas, restaurantes y asadores, más urbanizaciones y más edificios de oficinas a ambas orillas de la A-6, la gran arteria que llega hasta La Coruña y que comunica la zona noroeste de la Comunidad de Madrid con la capital. Qué se podía esperar de una autovía de acceso a una gran ciudad. Era un paisaje tan poco interesante que no pudo abstraerse lo suficiente como para evitar pensar en la cita que tenía en la morgue. Cambió de postura en el asiento, como si de aquel modo pudiera conjurar el desasosiego. Cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando se quiso dar cuenta, estaba ya

entrando en Madrid tras un rápido trayecto de poco más de treinta minutos. Como siempre, el intercambiador de autobuses de Moncloa tenía el aspecto de una nave de pollos, con gentes cruzándose con otras gentes de manera errática. Avanzó sorteándolas como pudo, evitando rozar sus cuerpos, y cogió un taxi. El Instituto Anatómico Forense se hallaba muy cerca de allí, de modo que en poco tiempo Sara abonaba la carrera al taxista y comenzaba a descender por las estrechas escaleras de acceso a la morgue. Aunque la entrada al edificio no tenía nada de especial, el hecho de que estuviera por debajo del nivel de la calle le produjo la misma sensación que si penetrara en una oscura gruta. Olía allí a una extraña mezcla de pescado podrido y alcohol de farmacia y sintió sobre su cuerpo un frío extraño, como aquel que, dicen, antecede a la inminente aparición de un fantasma.

—¿Está preparada? —le preguntó el teniente, quien ya la estaba esperando en una pequeña sala del recinto.

—No, no lo estoy. ¿Quién puede estar preparado para esto?

—Sólo serán dos minutos, se lo prometo.

Le infundía temor la visión de aquel muerto con dos orificios negruzcos y profundos en el lugar de los ojos, pero no fue así. El cadáver tenía los párpados abultados, anormalmente abultados, e imaginó que le habían colocado bolas de algodón para rellenar el hueco dejado por aquellos globos oculares arrancados de cuajo. A pesar del mal trago por el que estaba atravesando, le reconfortó ver al muerto como sumido en un plácido sueño y con una levísima sonrisa marcada en los labios. Ni rastro del sufrimiento por el que debió de pasar aquel hombre en los últimos momentos de su vida. ¿Le arrancaron los ojos antes de ahorcarlo? No quería pensar en esas cosas terribles. Además, ahora se trataba de saber si su rostro le resultaba conocido o no. El teniente Tresser aguardaba tras ella, expectante.

—No le conozco de nada, no lo he visto en mi vida.

—¿Está segura?

—Completamente segura.

Sara apartó la vista del cadáver. «Ya está. Yo he cumplido con el trámite y espero que ahora os olvidéis de mí. No os quiero en mi vida, ni a vosotros ni al ahorcado. Habéis entrado en mi casa y habéis puesto sobre mi mesa a un muerto con mi nombre escrito en su bolsillo. ¿Y qué tengo que ver yo con eso? ¿Acaso no figuro en el listín telefónico, al alcance de cualquier capullo que quiera venderme una maldita línea de ADSL?». A veces Sara pensaba así. No se reconocía a sí misma, pero también era ella. Otra mujer habitaba en algún rincón profundo de su mente y de vez en cuando la asaltaba con su hablar deslenguado.

—¿Me ha oído, Sara?

—Disculpe, no.

—Le estaba diciendo que nos volveremos a poner en contacto con usted cuando identifiquemos el cadáver. Estamos investigando tres denuncias recientes de desaparición cuyos rasgos físicos concuerdan con los de la víctima. Posiblemente la llamemos en un par de días. Debo decirle que, de momento, tiene que estar localizable para nosotros. Hasta que sepamos de quién se trata, desconocemos qué hacían su nombre y dirección en uno de los bolsillos de la víctima. Tenga cuidado. Si viera algo extraño, llámeme. Ésta es mi tarjeta con el número de mi móvil. —El guardia civil se la tendió con un gesto rápido y preciso.

«Tenga cuidado», le había dicho el teniente. Aquellas palabras le causaban pavor. El viaje de vuelta a casa se le hizo eterno. El autobús, esta vez sí, iba repleto de pasajeros. Eran las tres de la tarde y ahora regresaban a casa los que trabajaban a media jornada y los estudiantes. A su lado se había sentado un escuálido adolescente que jugaba tan absorto con su móvil que parecía estar bajo un estado hipnótico. Por fortuna, apenas ocupaba espacio. «Tenga cuidado». ¿Tendría que blindar aún más su vida? De modo súbito, percibió cómo una mirada se clavaba en su nuca y un impulso la obligó a volver la cabeza. Detrás de ella, dos mujeres. Una leía una revista, la otra dormía con la boca abierta. El resto, cabezas con rostro desdibujado que asomaban por encima de los respaldos. Vol-

vió a su postura y reclinó la espalda en el asiento, pero la sensación persistía: dos ojos la miraban sin ser vistos. Estaban allí, tenía esa certeza, pero no quiso buscarlos por temor a encontrarse con ellos. ¿Se estaba volviendo loca?

Por fin en casa, ni siquiera se cambió de ropa para sentirse más cómoda. Entró, tiró su bolso sobre un sillón y se tumbó en el sofá para recrearse en su propia angustia. Solía hacerlo a menudo y aquel día, además, tenía motivos. No lograba alejar de su mente la visión de aquel cadáver que había irrumpido en su vida tan bruscamente, con violencia, así lo percibía ella, y sentía terror al pensar que su nombre se hallaba unido al de un ahorcado. ¿Por qué?, se preguntaba una y otra vez. Jamás iba a olvidar aquel 17 de octubre de 2007, miércoles, el día en que llegó la catástrofe a su vida y la apisonó.

Los cálidos reflejos anaranjados del atardecer otoñal iluminaban el salón y Sara cayó en la cuenta de que se había ido de casa sin bajar las persianas. A partir de ahora tendría que variar la costumbre de cerrarlas tan sólo por la noche, justo antes de acostarse. Ahora lo haría cada vez que saliera por la puerta. Ya no se sentía segura, y aquel sentimiento de vulnerabilidad le causó desasosiego. Se fue en busca de un ansiolítico, pero cambió de idea por el camino: se tomaría un vodka con hielo. A veces lo necesitaba. La liberaba momentáneamente de sus miedos. Era su única válvula de escape, junto con la lectura. No fumaba y casi nunca veía la televisión, salvo alguna película que otra, y últimamente ni eso, porque no soportaba los largos cortes publicitarios que le permitían, durante el intermedio, seguir dos o tres programas a la vez. Sentada ahora en un sillón, se sirvió la copa y la saboreó despacio. Se le ocurrió entonces poner un poco de música para no escucharse a sí misma. Eligió a The Carpenters. Comenzó a sonar su versión de *The end of the world*, una de sus preferidas. «El fin del mundo. Ojalá llegara en este mismo momento», deseó con tanta convicción como amargura mientras escuchaba la voz de seda de Karen Carpenter. Le seguía impresionando el hecho de que, tras ese timbre prodigioso y límpido, se ocul-

tara —lo había leído en alguna parte— una mujer atormentada cuya nula autoestima la condujo a la anorexia y, a causa de ella, a una muerte temprana con tan sólo treinta y dos años. Entendía a Karen en su debilidad. En este mundo sólo sobreviven los fuertes, reflexionó, esa agresiva minoría que se hace sitio a codazos y arrincona a los débiles hasta aplastarlos contra la pared. Ahora sonaba *Rainy Days and Mondays*. Sara tenía debilidad por esta canción, tanta que se la sabía de memoria en inglés y la había traducido al castellano para canturrearla en su mente cada vez que la escuchaba.

*Lo que tengo es lo que suelen llamar melancolía.
En realidad nada está mal,
pero siento como si yo no encajara,
dando vueltas por ahí como un payaso solitario.
Los días lluviosos y los lunes siempre me han deprimido...*

Eran casi las cinco de la tarde y no había trabajado en todo el día en el ordenador. Tres libros aguardaban su corrección y uno de ellos urgía bastante. Ya se pondría más tarde a la labor, pero ahora disfrutaría de su vodka. Sí, ya notaba sus efectos. Comenzaba a relajarse e incluso a relativizar todo lo que le había sucedido. Apuró el último trago y se sirvió otra copa. Bebió de nuevo y notó cómo desaparecía esa angustia que habitaba permanentemente en la boca de su estómago. Y tomó otra más. Sintió mucha paz, tanta que hasta le entró un dulce sopor. No luchó contra él y se sumió en un plácido sueño en el que no hubo pesadillas. Cuando se despertó, ya había caído la noche. Se sorprendió al mirar su reloj y constatar que eran más de las ocho de la tarde. Sintió dolor de cabeza y hambre. Recordó entonces que llevaba ya una semana sin hacer la compra. Abrió la nevera, confiando en que quedara algo sustancioso. No había siquiera huevos para hacer una simple tortilla. Media hora más tarde llegaba con su viejo Ford Orion al supermercado donde acostumbraba a comprar.

El aparcamiento no era más que un pequeño solar repleto de hierbajos junto a la tienda, una vieja casa de piedra gris,

humilde superviviente de la batalla ganada al pequeño comercio por parte de las grandes superficies. El establecimiento se hallaba junto a la carretera, cerca de varias urbanizaciones de chalés adosados. Sara estaba llegando al filo del cierre e intentó aparcar lo más rápido posible, cosa no demasiado fácil por la irregularidad del terreno. Los vodkas le martilleaban las sienes y le multiplicaban por cuatro su habitual sensación de angustia. Entró en el supermercado y recorrió los estrechos pasillos entre las estanterías como una rara zombi teledirigida por la prisa. En pocos minutos, ya estaba en la cola de una de las dos cajas. Mientras aguardaba su turno, la resaca la asaltó a traición: en una abstracción de apenas segundos la realidad le cayó encima, intentando aplastarla contra el suelo. Se sintió más infeliz y perdida que nunca. Tenía ganas de llorar. Le llegó su turno, pero, absorta como estaba, ni siquiera oyó cómo la cajera la invitaba a hacer avanzar su carro. Había salido del mundo.

—¿Sara? ¿Es usted? Qué casualidad.

Una voz que le resultaba familiar la rescató de su tiempo detenido. Era el teniente Tresser. ¿Qué hacía allí?, se preguntó.

—Estaba en la otra caja y la he visto. ¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien.

—Señora, avance, por favor —le apremió la cajera.

—Claro, disculpe.

Mientras el teniente regresaba a su caja, ella arrastró el carro hacia la suya y, con movimientos lentos y torpes, comenzó a extraer la compra. Lo colocó todo en un par de bolsas y, con la migraña a punto de estallar en su cabeza, apretó el paso para llegar cuanto antes al aparcamiento y evitar un nuevo encuentro con el teniente. Pero no lo consiguió: cuando ya iba a entrar en el coche, oyó su voz a su espalda. Se volvió hacia él. No se había dado cuenta hasta entonces de lo alto y corpulento que era, una corpulencia que se veía potenciada aún más por la recia cazadora negra de cuero que llevaba. A su lado, se sintió tan vulnerable e indefensa que deseó salir corriendo, tal era la inquietud que aquel hombre le causaba.

—¿Me permite que la invite a un café?

—Se lo agradezco, pero sólo quiero llegar a casa cuanto antes.

—Vamos, Sara, insisto. Le sentará bien.

A unos cincuenta metros del supermercado había una pequeña cafetería situada a la entrada de una urbanización y que surtía de tabaco, cafés, aperitivos, meriendas o copas a los residentes de la zona, que evitaban así coger el coche y hacer carretera para comprarse un simple Marlboro o tomarse una caña. Había algunos clientes en la barra, pero no los suficientes como para generar el bullicio ensordecedor de los bares que tanto molestaba a Sara. Ambos se sentaron frente a frente a una de las mesas. Ella pidió un café bien cargado. Él, un cortado.

—No estoy de servicio ahora mismo, y se lo digo porque no me gustaría que pensara que la estoy vigilando. Vivo cerca de aquí y suelo hacer la compra en este supermercado desde hace años. ¿Usted también?

—Sí.

—Seguro que hemos coincidido más de una vez, pero, claro, no nos conocíamos. ¿Le importa que fume?

—No.

—¿Fuma usted?

—No.

—Hace usted bien. Cualquier día prohibirán fumar en los bares, así que tengo que aprovechar.

El teniente extrajo del bolsillo de la cazadora un paquete de Winston y un Zippo. Con movimientos rápidos y precisos, que a Sara le recordaron a los que hacen los policías en las películas cargando sus pistolas, abrió la cajetilla de tabaco, extrajo un cigarrillo, la cerró, la depositó sobre la mesa, prendió el pitillo, cerró el mechero de un golpe seco y lo dejó sobre el paquete, justo encima de la advertencia «El tabaco puede matar». Aspiró el humo, lo expulsó evitando apuntar la bocanada al rostro de Sara y preguntó:

—¿Hace mucho que vive aquí?

—Tres años, desde 2004. Antes vivía en Madrid, pero cuando mi madre comenzó con el alzhéimer y la ingresé en una

residencia de Torreldones, decidí mudarme a la zona para estar más cerca de ella y alquilé el viejo chalé adosado donde vivo. Habría podido atenderla en casa si ella lo hubiera querido, pero, cuando notó los primeros síntomas, me pidió voluntariamente que la ingresara. No quería ser una carga para mí, pero yo lamenté su decisión. De todos modos, ya no importa. No me reconoce.

—Así que perderé el tiempo si voy a visitarla.

—Sí.

—Iré de todos modos.

Tenía al teniente frente a ella y Sara hacía verdaderos esfuerzos para esquivar aquellos inquietantes ojos de intenso color verde, felinos, depredadores.

—Pensaba llamarla mañana por la mañana, pero, ya que nos hemos encontrado por casualidad, le diré que esta misma tarde hemos identificado a la víctima. ¿Le suena el nombre de Tomás García Huete? Piénselo bien.

Sara nunca lo había oído. Hubiera deseado que no fuera así, porque de ese modo tendría la posibilidad de saber qué o quién la había relacionado con un hombre asesinado de modo tan salvaje.

—No, no me suena en absoluto.

—El hombre que hemos encontrado ahorcado esta mañana era profesor de Lengua y Literatura en el colegio público Faustino Cordón, en Uvés. Ayer salió de clase al mediodía, le esperaban en su casa para comer y nunca llegó. Hoy su mujer ha identificado el cadáver. ¿Dónde estudió usted el bachillerato?

—En el instituto Isabel Oyarzábal, en Madrid, pero no recuerdo a ningún profesor con ese nombre.

—¿Cursó estudios superiores?

—Sí, estudié Filología Hispánica en la Universidad Complutense.

—Y allí tampoco se relacionó con nadie, claro.

—No, con nadie.

—El problema sigue siendo que su nombre y dirección la relacionan con la víctima, aunque no sabemos si es de modo

casual o se trata de un hecho intencionado. Es posible, por ejemplo, que por alguna razón Tomás García Huete quisiera contactar con usted. Quizá para encargarle la revisión de un libro, no sé, es lo primero que se me ocurre. Usted se dedica a la corrección de estilo, según nos ha comentado esta mañana.

—Sí, pero quien me encarga los textos es mi editor.

—También hablaré con él.

—Podría perder mi trabajo si usted me relaciona con un crimen.

—No se preocupe por eso. Mi trabajo, entre otras cosas, consiste en obtener información sin comprometer a terceros si no es necesario. No perderá su trabajo por mi visita a su editor, de eso puede estar segura, pero debo hacerlo porque de alguna manera está usted relacionada con el caso.

Relacionada, implicada, imputada. La migraña le clavó su aguijón sobre el ojo derecho, y lo hizo con tal violencia que Sara no pudo evitar llevarse la mano a la frente con un gesto de dolor.

—Lo siento, me voy a casa. Tengo un terrible dolor de cabeza.

—La acompaño.

—¡No! —gritó.

El grito emergió de su garganta con la rapidez de una bala disparada desde sus entrañas. En cinco minutos había hablado más que en cinco años. La resaca, la migraña, el ahorcado, el profesor, el teniente: demasiado peso para una mente tan frágil. Deseó huir de allí y también que aquel guardia civil desapareciera de su paisaje para siempre. Notó cómo le ardían las mejillas, posiblemente incluso tuviera fiebre. Los párpados le pesaban como piedras y poco a poco se fue instalando en ella una paz dulce y tranquila. Se dejó llevar y cerró los ojos. Por primera vez en su vida soñó La Nada. Sentía una agradable sensación de vacuidad, un flotar en ninguna parte, y no quiso regresar de allí nunca jamás. Pero regresó. La primera señal de que el retorno era inminente fue un murmullo de voces a su alrededor. La segunda, dos leves cachetes en sus mejillas. Abrió los ojos y sobre ella aparecieron rostros

desconocidos que la observaban. No entendía qué estaba ocurriendo, se sentía confusa. Transcurrieron unos segundos y empezó a comprender: se había desmayado. Su cuerpo estaba tendido en el suelo, con los pantalones desabrochados, las piernas en alto y sus pies reposando en uno de los hombros del guardia civil. Qué vergüenza, expuesta a las miradas de todos y con la bragueta abierta.

—Tranquila. Se pondrá bien enseguida.

El teniente pronunció estas palabras casi en un susurro, preocupado. Sara halló en sus ojos una mirada distinta. Ya no era la del felino depredador estrechando el cerco sobre su presa, sino la del perro sumiso tras recibir una reprimenda de su ama. Al fin y al cabo, su actitud inquisitiva la había llevado a la extenuación y a sufrir una lipotimia. Intentó incorporarse, pero desistió porque la cabeza le daba vueltas, así que no tuvo más remedio que continuar tumbada. A su alrededor todos eran hombres y sintió un repentino pudor. Se bajó el jersey para cubrir la bragueta desabrochada y retiró lentamente sus pies del hombro del teniente. Él y los demás hablaban entre murmullos y Sara, todavía aturdida, no entendía qué decían. La situación le resultaba ya insoportable. De nuevo intentó incorporarse y esta vez ya no sintió mareos. Todos intentaron ayudarla, pero el guardia civil los detuvo:

—Apártense, por favor. Yo me ocupo.

Luego llegaría otra orden: el teniente la llevaría en el coche de ella hasta su domicilio y llamaría a un coche patrulla para que lo recogieran allí. Sara, al llegar a casa, debía prepararse una manzanilla y acostarse. Ése era el plan del teniente. Ella no tenía fuerzas para discutirlo.

Desde la cafetería hasta su vivienda distaban sólo cinco kilómetros, pero el viaje se le hizo interminable. Sentada junto al teniente, con su cuerpo escorado hacia la puerta, en medio de una oscuridad en la que sólo se interponían los puntos de luz del salpicadero, Sara mantenía la vista al frente e intentaba no pensar en nada. Le resultaba tan violento permanecer en un habitáculo tan pequeño sin cruzar palabra con aquel hombre que optó por cerrar los ojos y fingir que dormía.

Era la primera vez que se sentaba en el asiento junto al conductor. Nadie hasta entonces había puesto las manos sobre el volante de su automóvil. Ella ejecutaba una conducción brusca y dubitativa, la del teniente la percibía tan suave y estudiada que le pareció ir en otro coche diferente al suyo. Hasta el ruido del motor le sonaba distinto. La carretera hacia Torreldones era amplia pero sinuosa, con numerosas curvas, pero Sara apenas las notaba, tal era la destreza al volante de aquel guardia civil. Aun así, el trayecto parecía no acabar nunca. No pudo resistir la tentación de abrir levemente los ojos para saber en qué punto se hallaban. El teniente volvió la cabeza hacia ella.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, estoy mejor.

Ya no intercambiaron más palabras hasta llegar a la urbanización. Allí aguardaba ya un coche patrulla, con el agente Coira apoyado sobre el capó. Las once de la noche. «¿Qué pensarán los vecinos al ver a la Guardia Civil a estas horas en mi puerta?», pensó Sara mientras descendía del vehículo, al tiempo que también lo hacía el teniente.

—Esperaré a que entre en casa.

—De acuerdo.

—Procure descansar. Cuando haya más novedades, la llamaré. Buenas noches.

Cuánto detestaba a aquel hombre. Caminó hacia su casa mientras rebuscaba en su bolso las llaves. Las encontró y, al introducirlas en la cerradura, se sorprendió al comprobar que la puerta estaba abierta. Se había ido sin cerrarla con llave. Y además, las luces del interior estaban encendidas y tampoco había bajado las persianas. Se avergonzó de su borrachera y de los despistes que le había ocasionado aquel día precisamente, cuando su nombre estaba unido a un crimen y se sentía menos segura que nunca. Sin mirar atrás, entró y cerró la puerta con brusquedad. A los pocos segundos, oyó cómo el coche patrulla arrancaba. El ruido del motor se hizo lejano enseguida. Sentía un dolor difuso entre el estómago y el abdomen. Además la migraña proseguía, insistente. No se

tomaría una manzanilla. Temió vomitar al segundo sorbo. Prefirió beber un poco de agua fresca. Lo hizo y luego se fue al lavabo. Sentía la vejiga a punto de estallar. Al bajarse las bragas, se sorprendió al verlas manchadas. No esperaba la menstruación hasta dentro de una semana. Qué vergüenza, además de la bragueta desabrochada ante extraños, le estaba bajando la regla en medio del desmayo. Desterró de su mente aquella imagen que le pareció bochornosa y salió del baño para dirigirse hacia la cocina y beber más agua. Tenía mucha sed. Llenó un gran vaso y, mientras bebía casi de un solo trago, se dio una vuelta por el salón. Bajó las persianas, apagó las luces y subió a su dormitorio. La estancia se hallaba fría aunque la calefacción permanecía encendida. Fue entonces cuando se fijó en la ventana de la habitación: estaba abierta y las cortinas marcaban un suave baile movidas por el aire gélido que penetraba del exterior. Probablemente también se hubiera olvidado de cerrarla, porque la abrió por la mañana cuando llegaron los dos guardias civiles. Sí, ésa era la verdadera razón por la que estaba abierta, no tenía de qué preocuparse. La cerró y buscó en el cajón de la mesilla su ansiolítico de cada noche, pero se tomó dos para asegurarse mejor el sueño. Se puso el pijama y se acurrucó bajo el edredón para entrar en calor. De repente, pensó: «¿Cómo no noté que penetraba el frío cuando me vestí esta mañana para ir a Madrid?». Una sombría sospecha cruzó su mente: la ventana estaba cerrada cuando se fue a la morgue, ahora estaba segura. Tuvo el impulso de incorporarse de la cama, encender la luz y analizar qué era lo que había podido ocurrir, pero el Lorazepam comenzaba a hacer su efecto, cerró los ojos y se entregó al sueño.

La noche era oscura. Ni estrellas, ni luna. Coira conducía el coche patrulla de camino a aquel supermercado de la carretera. El teniente no tenía ganas de hablar, y menos con un simple cabo que no llegaba a la treintena. ¿Aparentaría él los cuarenta y cinco que tenía? Muchos más, estaba seguro, aunque sólo fuera por las numerosas arrugas de expresión que se dibujaban en su rostro, bajo los ojos, a ambos lados de las aletas

de la nariz, en la frente. Lo constataba cada mañana al afeitarse ante el espejo. Había envejecido prematuramente y en su semblante, además, se había instalado un rictus huraño.

—Ya hemos llegado.

—Mañana a las ocho hay reunión con el capitán en la Comandancia. Le veré allí.

—Sí, mi teniente, a las ocho.

Julián Tresser descendió del coche patrulla y caminó unos pocos metros hacia el aparcamiento del supermercado. Subió a su Honda Civic negro y arrancó el motor. Abstraído como estaba, recorrió los quince kilómetros del trayecto hacia su casa sin ser consciente del tiempo. De repente se encontró aparcando en el garaje de su edificio, en una de las muchas urbanizaciones de pisos y apartamentos construidos para la clase media en la zona más llana de Uvés, porque la más elevada y la de mejores vistas, cercana al cerro de Las Brumas, se había urbanizado con chalés independientes destinados a las clases sociales más altas. La de Julián era una pequeña urbanización cerrada a la calle, con jardín y piscina comunitarios que él nunca usaba. Cuando entró en su vivienda, percibió un potente efluvio a detergente. Aquella asistenta que tenía era una auténtica obsesa de los productos con olor a pino, a lejía, a amoníaco perfumado. Siempre le dejaba la casa tan limpia y ordenada que parecía recién estrenada, pero aquellas fragancias a química doméstica quedaban fijadas en el ambiente varios días y Julián no lo soportaba. Subió las persianas del diminuto salón y, aunque livianas, su ruido al ascender le molestó. Se sentía cansado. Abrió las ventanas, por donde se coló la luz mortecina de las farolas de la urbanización, y dejó que penetrara el aire fresco y húmedo de las noches de otoño. Tenía hambre y en el congelador halló los suficientes platos precocinados como para saciarla rápidamente: espinacas a la crema y canelones de carne. Unos minutos en el microondas y unos pocos más para engullirlos. Julián solía comer para alimentarse, no para disfrutar, aunque le deleitaban los mejillones al vapor, los entrecots y, sobre todo, los huevos fritos con patatas y panceta que degustaba en casa de su madre

cada vez que iba a visitarla. Llevaba varias semanas sin verla. Había quedado para comer con ella en un par de días, aunque no tenía demasiadas ganas de hacerlo.

Su madre le parecía una mujer reservada y antipática. Se le agrió el carácter más de tres décadas atrás, cuando falleció su marido, con sólo cuarenta y ocho años. Julián recordaba poco de su padre. Murió cuando él tenía once y debería albergar imágenes de su vida junto a él, pero no conseguía hallar muchas en su memoria. En la casa del pueblo donde veraneaba la familia, un día de agosto su madre se lo llevó del garaje donde solía jugar a ser mosquetero y le dijo: «Tu padre ha muerto de un infarto. Quédate en tu habitación hasta que yo te lo diga». No hizo ningún intento por consolarle, ni tampoco le dedicó palabra amable alguna. «Tu padre ha muerto», así, sin más. Hasta entonces había sido una mujer afable y una madre afectuosa, pero aquel día todo cambió. El pequeño Julián permaneció largas horas en su dormitorio, llorando unas veces, escuchando tras la puerta otras, desde la que le llegaban confusos bisbiseos. Ni abuelos ni tíos ni primos mencionaron nunca más el suceso. Si alguna vez se colaba el padre muerto en una conversación, todos bajaban los ojos y se quedaban en silencio, con una extraña actitud de corderos a punto de ser degollados. Su padre falleció en un pequeño pueblo de Ávila donde veraneaba la familia, en la casa de los abuelos paternos. Ni él, hijo único, ni su madre volvieron por allí jamás. Ni siquiera acudieron a los funerales de los abuelos cuando éstos fallecieron. Varias veces estuvo tentado Julián de revolver en aquel pasado mudo, pero un extraño temor se lo impedía, un temor al que no acababa de encontrar sentido, pero al que se plegaba cada vez que pensaba en su padre.

Mientras comía las espinacas a la crema, intentó ordenar en su mente los datos sobre el crimen, pero no conseguía concentrarse. Se sentía exhausto, algo insólito en él, un hombre fuerte con una naturaleza inasequible al desgaste, esculpida en los lados oscuros de la existencia de los demás. Era agente de la Guardia Civil y eso le obligaba a blindar su mente para evitar derrumbarse ante la visión de cuerpos reventados a

puñaladas, a patadas, a tiros, a pedradas, a bombazos. Julián había conseguido tal autocontrol que a veces llegaba a inquietarle: tanto dominio de sí mismo podría hacer estallar su psicología en mil pedazos, el día menos pensado y quizá por algo del todo irrelevante. Convivía con aquel temor, que le asaltaba fugazmente en los momentos en que se encontraba a solas, al afeitarse frente al espejo, al apagar la luz antes de conciliar el sueño o en uno de esos días libres que no sabía cómo rellenar. Sin embargo, ni siquiera perdió el control cuando su mujer le abandonó para irse con un constructor de Oviedo. Hacía ya nueve años de aquello. Él tenía entonces treinta y seis y llevaba dos casado. «Lo he intentado, pero no te entiendo. No sé quién eres», le dijo su esposa una mañana de abril cuando él estaba a punto de salir hacia el cuartel, vestido con el uniforme y con la pistola al cinto. Él tampoco la entendía a ella, así que la dejó ir sin discusiones. Tras firmar los papeles del divorcio, nunca más volvió a saber de ella.

Se le había echado la madrugada encima. Acabó la cena sin postre y se bebió el café de un solo trago. Percibía el cuerpo pesado y los músculos doloridos. En sus oídos sonaba un pitido agudo, tenue pero constante. ¿Qué tenía de diferente aquel caso para sentirse tan tenso? El sonido del timbre de la puerta le sobresaltó. No esperaba a nadie. ¿Quién podría ser a aquellas horas? Fue al vestíbulo y clavó un ojo en la mirilla. Reconoció a uno de sus vecinos, un anciano con el que se había cruzado alguna vez entrando o saliendo de la urbanización. Le franqueó la puerta. El hombre, en zapatillas y con un abrigo sobre el pijama, llevaba en su regazo un gato negro.

—Disculpe que le moleste a estas horas. ¿Podría pasar? Sólo es un momento.

—¿Ocurre algo?

—En realidad, sólo quería pedirle un favor. Llevo horas pensando si se lo pedía o no y, al final, me he decidido a hacerlo.

El anciano entró en el pequeño recibidor y se quedó de pie junto a la puerta, con el cuerpo encogido sobre su gato.

—Me llamo Raimundo Garrido y vivo tres puertas más allá de la suya, en la D. Creo que nos hemos cruzado alguna vez. La cosa es que mañana me ingresan en el hospital para operarme de una hernia inguinal. No tiene mayor importancia, pero estaré ingresado una semana y no puedo dejar a Greta sola tanto tiempo, porque soy viudo y mi hija vive en Bilbao. Usted me parece una buena persona y mi gatita no le molestará en absoluto, es muy independiente. Sólo le pido que se quede con ella estos días.

Su discurso era pausado y amable, pero decidido, y ahora, mientras acariciaba a aquella gata negra de ojos inmensamente azules, esperaba una respuesta. Julián la tenía muy clara: por supuesto que no. Pero sospechó que el anciano ya tenía diseñada su estrategia para endosarle al animal. La amabilidad es un arma muy agresiva si se sabe utilizar bien, y ahora su vecino iba a desarmarle con el chantaje emocional de un viejo solitario a punto de entrar en un quirófano.

—Lo siento, señor Garrido.

—Lámeme Raimundo, por favor.

—Mire, yo estoy todo el día fuera de casa y además nunca he tenido animales. No estoy acostumbrado. Seguro que entre los vecinos encontrará a alguien que se haga cargo de su gata.

—Pero yo le he elegido a usted. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Julián.

—Mi hermano, que en paz descanse, también se llamaba Julián. Éramos seis y sólo quedo yo, el mayor de todos, así de paradójica es la vida.

Raimundo, en un movimiento extrañamente rápido para su edad, le tendió a Greta y la gata se acomodó en décimas de segundo en el regazo de Julián, como si hubiera sido largamente entrenada para ese único gesto. Lo miró con sus vibrantes ojos azules y emitió un suave maullido de satisfacción.

—¿Ve?, ya sabía yo que se llevarían bien. A ella le gusta usted.

Unos minutos después, la inesperada huésped ya se había instalado en un rincón del salón, ovillada en sí misma y dormida plácidamente. Raimundo le había dejado todo lo necesario para la rutina diaria de un gato: un recipiente para hacer sus necesidades, un saco de arena, un cuenco para beber y varias latas de comida. «Le encanta el jamón de York, por si algún día quiere darle un premio», le había dicho el anciano antes de despedirse, emocionado y agradecido.